



**HOGARES DON BOSCO**  
**FORMACIÓN CRISTIANA**

**ETAPA III**

**EL SACRAMENTO DE LA  
RECONCILIACIÓN I**

## ORACIÓN

–Salmo 51 [50].

–Salmo 129.

–Mt 18, 21.

# EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN (I)

## 1.- Reconciliarse

Cuando dos o más voces o notas musicales suenan de modo que encajan y producen la sensación de reposo, hablamos de armonía. Un acorde armónico es más que la suma de las notas que forman parte de él: constituye un todo agradable, lleno y perfecto. Cada nota tiene su papel, pero lo que importa es que la unión de las notas producen un buen sonido, un todo. En cambio, cuando una de las notas de un acorde no es la correcta, el conjunto de sonidos es disonante, la armonía se rompe y el acorde, perdido su sentido musical, deja de existir como tal. En la vida humana pasa algo parecido. Si cada persona aporta su verdad y su buen hacer de modo que encaje con los demás, la vida de todos resulta armónica, eficiente y con sentido. A veces desafinamos y, o bien no hacemos lo que deberíamos o lo hacemos mal. Entonces la vida personal y social desafina y se rompe. Y aparece el malestar personal y social. Cuando esto sucede, ¿cómo se puede rehacer el acorde personal y social para que vuelva a sonar bien? Mediante la reconciliación. Reconciliarse –verbo que procede del latín *conciliare* que significa juntar, unificar– consiste en „volver a unir“, al rehacer la armonía rota.

## 2.- Bien orientados pero débiles

No hay que explorar demasiado a fondo la propia alma para saber que en toda persona hay una orientación natural hacia el bien, la verdad, la bondad y la justicia, en definitiva, hacia el amor. Todos los humanos quisiéramos ser auténticos, buenas personas y justos. Y, excepto casos psicológicamente alterados, a todos nos repugna la mentira, la maldad y la injusticia. Hemos sido creados, pues, con una buena disposición interior. Por tanto, en principio, nuestros actos concretos deberían corresponder a estos valores que parecen encontrarse en el horizonte de la humanidad como guías de nuestra voluntad y de nuestros buenos deseos. Es como si la verdad, la bondad y la justicia marcaran el rumbo de nuestra vida, el punto hacia el que hemos de mantener firmemente el timón de nuestra voluntad.

Sin embargo, debemos reconocer que hemos sido creados, a demás de ignorantes, débiles y vulnerables. Somos ignorantes: no podemos responder de modo único por más ciencia que pongamos a las preguntas fundamentales sobre el origen de la vida, su sentido y lo que ocurre después de la muerte. Somos particularmente débiles. *Tú sabes que he nacido en la culpa, que la madre me engendró pecador [Sl 51]*. Y como consecuencia de esta debilidad somos altamente vulnerables ante las invitaciones a no hacer el bien, o a hacer lo que más nos conviene aunque haga daño a los demás, apartándonos así de la verdad, de la bondad y de la justicia a la que estamos orientados. *Veo que soy capaz de querer el bien, pero no de hacerlo: no hago el bien que quisiera, si no el mal que no quisiera [Rm. 7,19]*. En definitiva, fallamos y a menudo nos equivocamos. Y a veces, o a menudo, fallamos y hacemos el mal siendo plenamente conscientes de hacerlo. Por ejemplo cuando no pagamos los impuestos debidos, a consciencia, si nos los podemos evitar. Es cuando hablamos no sólo de error o de equivocación, sino de pecado.

## 3.- El pecado

Pecar quiere decir faltar, fallar. Es decir no al amor de Dios y a la vida. Para que en sentido cristiano haya propiamente pecado es necesario que la falta o el fallo sean hechos a consciencia. Aunque una acción u omisión concreta se pueden considerar objetivamente pecado hay que tener en cuenta que, desde el punto de vista de quien la comete, sólo lo será en la medida que tenga consciencia de que está haciendo el mal, es decir, que tenga “consciencia de pecado”. Para tener consciencia de pecado hay que saber con certeza que la acción u omisión que cometemos es incorrecta en el momento de cometerla. ¿Respecto qué o a quien? Respecto a la voluntad de Dios que nos ha creado orientados al bien, a la verdad y a la justicia.

Para conseguir situarnos en este camino recto, Dios nos ha dado unas normas de uso de nuestra vida y de la naturaleza –las leyes de Dios–. Aquello que nos está prohibido hacer en estas normas no es malo porque está prohibido, si no que está prohibido porque es malo. Cumplir la ley de Dios nos sitúa en armonía con Él y con los demás, formando así un acuerdo perfecto, bien orientado en el rumbo de la vida. No cumplirlas, por el contrario, nos hace disonantes, desorienta el rumbo de la vida y nos crea una preocupación que conocemos con el nombre de remordimiento de conciencia (también conocido como mala conciencia o sentimiento de culpabilidad). Aunque hoy se haya perdido en parte el sentido o la

conciencia del pecado, y aunque la conciencia moral pueda estar mal formada o anestesiada, casi todo el mundo siente un peso para el alma y experimenta un dolor de culpabilidad que le distorsiona la vida personal, ante una omisión o una acción de palabra y/o de obra incorrecta o pecaminosa.

No hay humanos puros. Desengañémonos: todos hemos pecado. *Si afirmábamos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros [1 Jn 1,8]*. La Iglesia enseña que sólo María y Jesús no pecaron. Todos los demás arrastramos el peso de nuestros errores conscientes, de nuestras debilidades consentidas y de nuestras omisiones culpables. ¿Hemos de vivir toda la vida bajo el peso de la culpa con la amargura de no poder compensar el mal que hemos hecho?

#### **4.- La conversión**

Para el no creyente la culpa es irredimible y ha de llevarla siempre encima. A los cristianos, en cambio, Dios a través de Jesucristo nos ha ofrecido la posibilidad de acceder al perdón de la culpa, a la reconciliación. *Entonces Pedro preguntó a Jesús: —Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Siete veces? Jesús le responde: —No te digo siete veces, si no setenta veces siete. [Mt 18,21-22]*. Dios nos ofrece su perdón siempre. Para conseguirlo tenemos que estar dispuestos a pedirlo, a ser conscientes que sin su ayuda nada podemos hacer y a ofrecerle un corazón arrepentido. *La víctima que ofrezco es un corazón arrepentido; un espíritu que se arrepiente, tú, Dios mío, no lo menosprecies [Sl 51]*. Y en la medida que hemos desecho la armonía y la unión con Dios y los hermanos también debemos estar dispuestos a reparar el daño hecho y a convertirnos. Convertirse no es otra cosa que lo que indica su etimología: reorientar el rumbo, recuperar el norte. En definitiva: proponerse que con el timón de la voluntad intentaremos no volver a fallar. Los efectos de la conversión son admirables. Una vez convertidos, caminamos en la luz de Dios, sentimos su paz y rehacemos la armonía de los unos con los otros y la comunión con Él.

#### **5.- Los problemas actuales**

El sacramento de la reconciliación, en su formato actual, está en crisis. Una de las razones quizás será atribuible a una antigua formación moral que veía en todo indicio de placer una acción nociva para el alma ante la que hoy se ha reaccionado hacia el otro extremo. También es posible que haya desaparecido aquel terror preconiliar a las penas eternas del infierno, motivo por el cual es posible que muchas personas antiguamente se confesasen más por miedo que no por el sentimiento de culpabilidad. Probablemente la razón más profunda de esta crisis se encuentre en la pérdida del sentido del pecado y en la anestesia de nuestra conciencia moral. A todo esto se le puede añadir el hecho de que a muchas personas les cueste abrir su intimidad en el confesionario y, aún así, quieran arrepentirse, convertirse y reconciliarse, pero no se atreven a hacerlo por los caminos establecidos. Todo esto lo profundizaremos más el próximo mes.

#### **Puntos de reflexión**

- 1.- ¿Somos conscientes de nuestra debilidad y vulnerabilidad? ¿Tenemos consciencia de pecado?
- 2.- Sabiendo que existen actitudes de pecado e incluso estructuras de pecado, ¿soy consciente de su existencia y de mi colaboración para su mantenimiento y continuidad?
- 3.- ¿Nos acercamos con bastante frecuencia al sacramento de la reconciliación? ¿Qué dificultades tenemos para no participar más a menudo?

#### **Bibliografía**

- S. Grün: *La penitencia: celebración de la reconciliación*. San Pablo. 2002.
- V. Frankl: *La presencia ignorada de Dios*. Herder. 1999. (12ª edición).

Barcelona, Marzo de 2011